

Aspectos de la Iglesia

Una de las más relevantes figuras de la Teología Pastoral habría sido, sin duda, el P. Yves de Montcheuil, si los azares de la guerra no hubieran cortado el hilo de su vida cuando comenzaba a dar los primeros pero muy sazonados frutos de su formación.

De capacidad profunda y corazón sensible el P. Yves sentía hondamente la necesidad de comunicarse con los intelectuales y de trabajar con la juventud estudiosa en el campo dogmático-pastoral. Por esto sentía una especie de inquietud (como hoy día gustan de llamar) que le llevaba a verdadera audacia, que solo un talento como el suyo podía detener en el límite extremo del dogma sin precipitarle en el abismo del error. Es también deber de justicia advertir que las publicaciones del P. Montcheuil son póstumas; y ya sabemos que los autores suelen mirarse mucho en la revisión de lo que han de dar a la estampa, mientras que con más libertad escriben sus conferencias. Al hablar, se amplían fácilmente conceptos escuetamente trazados en el papel; o luego, al preparar la edición pública de las mismas, se da una nueva mano que suaviza términos, aquilata expresiones, evita equívocos. Con estas salvedades, pues, hay que juzgar los escritos del P. Yves de Montcheuil.

Sin embargo, en esta obra que analizamos, *Aspectos de la Iglesia* (1), no es menester echar mano de estos recursos: la obra en sí misma es segura. Algún capítulo (concretamente el párrafo II y III de la lección novena), como anota muy bien el editor, se habría retocado por contener datos que resultan algo atrasados; pero en lo sustancial puede y debe mantenerse.

Esta obra comprende doce conferencias que el Autor pronunció en el *Centro Universitario Francés*. Es evidente que en doce lecciones (así se las llama en la edición publicada) no pretendía el A. agotar el tema, ni siquiera resumir toda la doctrina que sobre la Iglesia estudian los teólogos y apologetas. Por esta causa con mucha razón se ha puesto el título de *Aspectos de la Iglesia*. Se tratan solamente algunos aspectos o facetas, que más hacían al caso para el fin pretendido por el conferenciante.

Lo que pretendía el P. Yves de Montcheuil era hacer vivir en todos los intelectuales la vida de la Iglesia. Y esta es su primera

(1) DE MONTCHEUIL, Yves, SI; *Aspectos de la Iglesia*. Ediciones FAX, Madrid, 1957.

preocupación, la que se palpará y de mil maneras se propondrá en la lección primera. La Iglesia no es una teoría, ni simplemente una sociedad de aficionados, una reunión de tertulia más o menos frívola. La Iglesia es algo vital para el cristiano y, en general, para el hombre. Porque todos tenemos necesidad de la Iglesia, sin la cual no podemos salvarnos. Nuestra salvación depende de nuestra relación con ella. Y como no hay nada tan importante para el hombre como su eterna salvación, nada habrá tampoco que ceda en importancia al estudio que emplee en conocer esta Iglesia.

En efecto. Nosotros no vamos a Dios si no es por medio de la Iglesia. Por ella en el Sacrificio de la Misa ofrecemos a Dios el acto de culto y adoración; por los Sacramentos recibimos las fuentes de la gracia y los méritos de la redención de Cristo; entroncados en ella estamos entroncados en Cristo... Y si de ella nos apartamos, quedamos sin vida, alejados de Dios. La vuelta a Dios tendremos que hacerla de nuevo por la Iglesia.

Y la Iglesia nos acompaña en nuestra vida; más aún, nosotros vivimos la vida de la Iglesia y en ella y por ella nos desarrollamos, de la manera que el niño recibe la vida, la alimentación, el desarrollo en el seno materno.

En la segunda lección expone el A. dos maneras de denominar a la Iglesia que son: el Reino de Dios, y el Nuevo Israel. Con lo que se expresa (usando los términos escriturísticos) una de las cualidades de la Iglesia: el ser un verdadero fin; no es un simple medio. El antiguo Israel, era una preparación para el Israel Nuevo; tenía razón de medio, no de fin. La Antigua Alianza había de ceder a la Nueva, o como dirá San Pablo, las sombras habían de huir ante la realidad. «La Iglesia no sólo es un camino sino también una meta. Ello nos demuestra que no será abolida sino transfigurada para su coronamiento en el cielo. Pero avanzando, podemos decir que, aun en su vida terrenal, es más que un medio que mira a su fin, más que un camino que lleva a su meta: es la presencia comenzada y velada de lo que un día deberá ser consumado y manifiesto. Tiene ya místicamente los bienes de la herencia y puede comenzar a distribuirlo». Así es la Iglesia ya para nosotros en la tierra, el Reino de Dios.

La doctrina del Cuerpo de Cristo aplicado a la Iglesia, no podía faltar en este libro del P. Montcheuil. ¡Contiene en sí tantas enseñanzas prácticas! Y es el tema de la lección tercera. Y como el A. mira ante todo a la vivencia de la realidad de la Iglesia, no se detiene tanto en el desarrollo de la doctrina cuanto en las aplicaciones prácticas que impone el hecho de ser miembro de Cristo, juntamente con las excelencias de esta incorporación con El. Incorporados en Cristo, perteneciendo a la Iglesia, tenemos obligación no sólo de obedecer una orden o atender a unos consejos, sino que es necesario participar en una vida, comulgar en un espíritu. Esta vida, este espíritu, son la vida y el espíritu de Cristo. De la Iglesia podemos decir lo que de Dios: servir a la Iglesia es reinar. Hay que se-

guirla, pertenecer a ella con el espíritu. Una mera inscripción externa, a manera de asociación, no basta: en un cuerpo hay que vivir; el miembro que no vive no merece estar en el cuerpo. Y la vida no ha de ser individual, independiente, sino la que corre por todo el organismo. El cristiano que no vive de Cristo, pertenece a la Iglesia, pero no tiene en ella más que una presencia casi de inscripción. Y ha de ser mucho más íntima y perfecta la presencia del cristiano dentro de la Iglesia.

Magnífica es la lección cuarta sobre *la vida interior de la Iglesia*. Un principio fundamental, ya anteriormente insinuado por el Autor ocupa ahora el primer plano: «no son los cristianos los que reuniéndose forman la Iglesia, sino la Iglesia la que hace a los cristianos». Magnífico axioma que parece un poco paradójico. Su fundamento está precisamente en la vida interna de la Iglesia. Una actividad meramente exterior no haría cristianos verdaderos. Hay algo más, hay una vida que se comunica a los miembros. No es fácil resumir la doctrina de este capítulo. Anotemos solamente los puntos que en él se tocan: esta vida interior de la Iglesia es personal para cada uno de sus miembros, pero al mismo tiempo es colectiva: los hace una sola cosa, los hace un cuerpo con la comunión de actividades, fines, etc. Lo particular y personal es la divinización de cada alma que pertenece a la Iglesia y de la cual y por la cual recibe esta sobrenaturalidad. En virtud de la colectividad, el cristiano no es un mero particular: su oración, sus méritos, sus buenas obras, van realizados por la dignidad de la Sociedad a que pertenece; Dios ve siempre a un hijo de la Iglesia; Cristo contempla siempre a un miembro suyo; el Padre celestial descubre en cada cristiano una porción de su Hijo muy amado.

Un nuevo aspecto de la Iglesia es la catolicidad (Lección 5.^a). No nos empeñemos en buscar una catolicidad (universalidad) fundada solamente en los hechos externos (la Iglesia extendida por todo el mundo, abarcando todas las razas, todos los tiempos y todas las civilizaciones); todo ello podría ofrecer no pocas dificultades, y aun con ello solamente se obtendría una nota externa muy mezquina al lado de la realidad intrínseca. La catolicidad consiste «en que la vida que lleva en sí [la Iglesia] y que comunica, es de tal naturaleza que puede juntar a todo el género humano y llevarlo entero a Dios». De aquí la adaptabilidad de la Iglesia dentro de la fijeza de sus dogmas, de su moral, de su fe. Por esto el que se convierte a la Iglesia no ha de cambiar de civilización, «solo debe renunciar a lo que tiene en sí sin valor y corrompido. Lo demás, la Iglesia no es que lo tolere: lo mantiene positivamente. Opuesta, por católica, a todas las separaciones y a todos los exclusivismos se opone, por la misma razón, a la rigurosa uniformidad espiritual».

Un problema, que a no pocos turba, se expone y explica en la siguiente lección sexta: el problema de la presencia del pecado en un Iglesia cuya nota es *la Santidad*. Es menester distinguir entre

los individuos y la Iglesia, entre los hombres que la componen y la vida interna que por ella corre. Ya se ha dicho que los cristianos están formados por la Iglesia, no viceversa. Esta vida divina es la que da a la Iglesia una santidad absoluta que en todos los tiempos es igual por más que los hombres, que viven en la Iglesia, hayan conformado diversamente sus actuaciones con esta vida divina, dando así origen a las diferentes épocas críticas que ha pasado la Iglesia.

Esta Iglesia universal y Santa está regida por los hombres, que por voluntad de Cristo, constituyen una verdadera Jerarquía. También es frecuente enfocar mal el problema que la existencia de la Jerarquía puede plantear. No basta quizás pensar en la anarquía religiosa que se extendería por la Iglesia si hubiese libertad, sin jerarquía, como ocurre, por ejemplo con las sectas de los Protestantes que se multiplican y pueden multiplicarse infinitamente. Para comprender bien el sentido de la Jerarquía hay que atender una vez más a las relaciones de la Iglesia con Cristo, relación que la constituye en su realidad original, única. Jesucristo no fué el fundador de una Iglesia, como un Rey funda una dinastía y organiza una nación, que luego, independientemente de él va desarrollándose. No, Cristo continúa viviendo en la Iglesia, y continuará hasta la consumación de los siglos. Por esto en la Iglesia, para continuar esta vivencia de Cristo, existen no solo los sacramentos-cosas, sino también los sacramentos-persona, es decir, la Iglesia no sólo es sacramental, sino también apostólica y Jerárquica. Y es natural que para que esta vivencia continúe en las personas y por las personas, es menester que estas personas estén relacionadas con Cristo, actúen a la manera de Cristo, en unión con Cristo, según el espíritu de Cristo; no de cualquiera manera arbitraria. He aquí el sentido de la Jerarquía: no se trata de hombres meramente investidos de una autoridad, sino de un poder sobrenatural que desciende de Cristo y se extiende al cuerpo de Cristo: poder que llamamos de orden y de jurisdicción al que se une el de magisterio. Este poder, esta jerarquía segrega a los seglares de los pertenecientes al clero, sea secular sea regular. Esta diferencia específica y esencial no podrá jamás suplirse por la ciencia ni por las cualidades de prudencia y dotes de gobierno. La Jerarquía está en un plano muy distinto del meramente civil o político. Una vez más los cristianos están formados por la Iglesia, no la Iglesia por los cristianos.

Esta cualidad de la Jerarquía coloca en su verdadero lugar *la situación del Cristiano en la Iglesia* (lección 8.ª). Al cristiano le quedará siempre un margen de actuación, de individualidad... pero dentro del marco y obediencia de la Jerarquía; jamás fuera o en contra de ella. El cristiano pertenece a un organismo, y por consiguiente no debe encerrarse en su misión particular. Miembro de un cuerpo, tiene dentro de él su misión. En el ejercicio de su misión le quedará mucha libertad, pero siempre con la debida subordinación a la cabeza o enlaces inmediatos. Es éste un principio de sentido común.

Por desgracia no todos los cristianos han conservado su posición dentro de la Iglesia. Algunos, aun colectivamente, han querido actuar con independencia: son los «disidentes», las «Iglesias separadas», «nuestros hermanos separados». Es un hecho. De él aduce el P. Montcheuil algunos datos estadísticos, que hoy día habrían de revisarse; pero no afectan al hecho sustancial, y quiere que todos los cristianos individualmente nos preocupemos de esta triste realidad, y estudiemos los medios que puedan conducir a la unión y retorno de estas ovejas separadas del redil de Cristo. En España este hecho ha de preocuparnos no solamente porque a fuer de buenos católicos por tradición, hemos de amar la unidad, sino porque actualmente una detestable campaña Protestante pretende dividirnos a nosotros mismos, y convertirnos en «hermanos disidentes» de nuestros inmediatos antepasados, de nuestros propios padres y de nuestros hermanos e hijos.

Este hecho y la existencia del Paganismo, plantea los problemas que se abordan en las tres últimas lecciones: La Iglesia y la salvación de los no creyentes; la Iglesia y el orden temporal; la Iglesia y las misiones.

El campo de las misiones es el mundo de los paganos y también en realidad el de las Iglesias separadas; pero suele restringirse el nombre a los primeros. Todavía quedan en el mundo millones de almas que no pertenecen en modo alguno a la Iglesia de Cristo: a ellas hay que predicarles la buena nueva, el Evangelio. La Iglesia es misional por esencia, porque es universal, católica de hecho y de derecho, según se ha expuesto anteriormente.

Fuera de la Iglesia no hay salvación; no porque todos cuantos mueren sin bautismo necesariamente se condenen, sino porque si se salvan es precisamente en virtud de la vida de la Iglesia, que se extiende también a aquellos que de una manera implícita se adhieren a ella; como es cuando desean hacer todo cuanto comprenden que ha de ser voluntad de Dios. En este acto va incluido el deseo inconsciente de pertenecer a la Iglesia y para ello de bautizarse.

Muy complicado es el tema de la intervención de la Iglesia en el orden temporal de las cosas, para determinar qué atribuciones tiene en él. El Autor muy prudentemente se contenta con hacer notar cómo frecuentemente hay fricciones entre los órdenes religioso y temporal, y como quiera que a la Iglesia le compete todo cuanto se refiere a la religión, así también ha de corresponderle cierta intervención en aquello temporal que con lo religioso se roce.

Hemos querido dar una reseña bastante extensa de esta obra para que se adviertan los puntos más interesantes de ella y vea el lector que se trata de un libro de extraordinario interés. El P. Montcheuil tiene una penetración muy profunda de los problemas de la Ecclesiólogía; sabe proponerlos con brillantez y claridad, y sobre todo, sabe enfocar magníficamente las cuestiones para que el mismo lector o el estudioso ahonde más y resuelva las dificultades que seguramente se le ofrecerán en su estudio.

Francisco de P. SOLÁ, S. J.